

El amor puro

E N la geología del espíritu también existen las cumbres. Se levantan de nuestra tierra hasta alcanzar una región pacífica y limpia, donde sólo el Cielo las besa castamente.

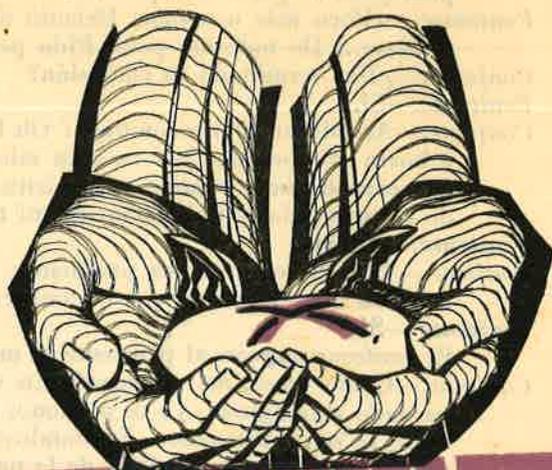
Son el resultado de una conversión eficaz en sus estratos más profundos que las hizo erguirse en medio de este mundo. Después, la erosión de las tempestades e inclemencias se encargó de labrar sus más delicados perfiles. Hoy se ofrecen a nuestra vista admirada como reclamos de ascensión para los que vivimos atascados aún por el barro del valle. Ellos escogieron la mejor parte.

Thomas Merton nos describió en sus obras su propio punto de partida y los círculos por donde erró su vida hasta alcanzar la altura de la montaña.

Nacido en Francia 1915, hijo de inglés y norteamericana "fuí... prisionero de mi propia violencia y mi propio egoísmo, a imagen del mundo al cual había venido". Vida intensa en el siglo hasta los 26 años. Desde entonces, trapense en el monasterio de Gethsemani, en Kentucky.

Las luces mundanas de Londres y Nueva York le hicieron palpar la sombra de esta vida. "Ese mundo era el retrato del infierno, lleno de hombres como yo, amantes de Dios y no obstante aborreciéndolo, nacidos para amarle y viviendo en cambio con temor y desesperadas apetencias antagónicas".

Ahora, con la luz que este artista anhelaba para el cuadro de su vida interior, lanza su mensaje de espiritualidad purificadora a los hombres de su tiempo. Con gesto cristiano "la contemplación no llega a ser perfecta sin reparto, sin compañía, sin comunión".



NUEVO Y VIEJO

Merton ha contribuido seguramente a que Gethsemaní vea con gozo multiplicarse las vocaciones trapenses entre los jóvenes de EE. UU. Gethsemaní es hoy uno de los focos más potentes de atracción e irradiación del ideal religioso.

Presentamos aquí a nuestros lectores el trozo final del libro de Thomas Merton "Semillas de contemplación", tomado de la segunda edición publicada en 1953. (La primera fué en 1952). He aquí el texto:

"He aquí un hombre que está muerto y enterrado, se fué y su memoria se ha desvanecido del mundo de los hombres; ya no existe entre los vivientes que se arrastran en el tiempo; y ¿lo llamaréis orgulloso porque la luz del sol llena el enorme arco del cielo sobre el país donde vivió, murió y lo enterraron, en los viejos días de su existencia?"

Así es el que ha desaparecido en Dios por la pura contemplación. Sólo Dios queda. El es la identidad que obra aquí. El es quien ama, conoce y se alegra.

¿Puede Dios sentir orgullo? ¿Puede Dios pecar?

Supón que un hombre así pudiera, una vez en su vida, desaparecer en Dios por el espacio de un minuto.

Pasó todo el resto de su vida en pecados y virtudes, en el bien y en el mal, en trabajos y luchas, en enfermedad y salud, en dones, pesares, en conseguir y lamentar, en proyectos y esperanzas, en el amor y el temor. Ha visto cosas, las ha considerado, conocido; formulado juicios; hablado; obrado prudente o imprudentemente. Tropezando entró en la contemplación de los principiantes y salió de ella. Halló la nube, la oscura dulzura de Dios. Ha conocido el descanso en la plegaria.

En todas estas cosas, su vida ha sido un tumulto de incertidumbres. En las mejores puede hacer pecado. Acaso haya hallado el pecado en su imperfecta contemplación.

Pero en ese momento del tiempo, ese minuto, el breve minuto en que fué libertado en Dios (si verdaderamente lo fué), es indudable que su vida era pura; que entonces daba gloria a Dios; que entonces no pecaba; que aquel momento de puro amor no podía pecar.

¿Puede tal unión con Dios ser objeto de deseo desmedido? No, si lo entiendes. Porque no puedes desear desmedidamente que la voluntad de Dios se haga por su propia causa. Mas en estos dos deseos, si perfectamente concebidos y cumplidos, somos vaciados en El y transformados en Su gozo, y en ellos no podemos pecar.

En este éxtasis de puro amor alcanzamos el verdadero cumplimiento del Primer Mandamiento, amar a Dios de todo corazón y con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza. Es, pues, algo que todos los que desean complacer a Dios deberían desear: no por un minuto, no por media hora, sino para siempre. Es en estas almas donde la paz se establece en el mundo.

Ellas son la fuerza del mundo, porque son los tabernáculos de Dios en el mundo. Son lo que impide que el universo sea destruído. Son los pequeños. No se conocen. Toda la tierra depende de ellas. Nadie parece advertirlo. Para ellas fué creado todo en primer lugar. Ellas heredarán la tierra.

Los que poseen un alma así son los únicos que podrán gozar completamente de la vida. Han renunciado al mundo y se les ha entregado su posesión. Ellos solos aprecian el mundo y las cosas que hay en él. Son los únicos capaces de comprender el gozo. Este mataría a todos salvo a estos hom-

bres de mansedumbre. Ellos son los limpios de corazón. Ellos ven a Dios. Este hace su voluntad, porque su voluntad es la de ellos. Hace todo lo que ellos quieren, porque es El Quien desea todos sus deseos. Ellos son los únicos que poseen todo lo que pueden desear. Su libertad no tiene límite. Vienen a nosotros para comprender nuestra angustia y anegarla en la tremenda extensión de su inocencia, que lava el mundo con su luz.

Ven, entremos en el cuerpo de esa luz. Vivamos en la nitidez de ese canto. Despojémonos, como de un vestido, de las cosas del mundo y penetremos desnudos en la sabiduría. Pues esto es lo que imploran todos los corazones cuando claman: "Hágase tu voluntad" (1).

(1) THOMAS MERTON, «Semillas de contemplación» (Tr. C. A. Jordana). Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2.ª ed. 1953, pp. 213-6.

